

—“Está bien que no sea manuscrito, a L. D. no le gustan manuscritos desordenados”.

Hacia dos días se había presentado también con impermeable y sombrero. Yo no le vi, pues desgraciadamente no estuve en casa. Pero L. D. me dijo que había venido J. y que le había asombrado un poco con su conducta. L. D. lo mencionaba como si no quisiera detenerse en ello. Pero al mismo tiempo, notando ciertas circunstancias nuevas, no pudo dejar de comunicarme su impresión.

—“Trajo el proyecto de su artículo, más bien un borrador. . . algo muy confuso. Le dí algunos consejos. Vamos a ver. Ayer no parecía francés —añadió. Se sentó de repente sobre mi escritorio y estuvo todo el tiempo sin quitarse el sombrero.

—Si; es extraño —me asombré yo—; él nunca usa sombrero.

—Pero esta vez lo llevaba” —contestó León Davidovich, sin detenerse; hablaba andando.

Yo me puse en guardia. Me pareció que esta vez L. D. había visto en J. algo más sobre lo que no se apresuraba a hacer una conclusión. Esta breve conversación tuvo lugar la víspera del crimen.

Con el sombrero sobre la cabeza. . . con el impermeable al brazo. . . se sentó sobre el escritorio; ¿no era ésto un ensayo? Lo había hecho para encontrarse después más seguro y exacto en su estrategia.

¿Quién podía entonces adivinar esto? ¿Quién hubiera creído que el veinte de agosto, un día como cualquier otro, sería fatal? Nada anunciaba su fatalidad. El sol brillaba claramente desde la mañana, como siempre aquí. Las flores se abrían, la yerba resplandecía como un barniz. Todos nosotros, cada cual a su manera, nos preocupábamos de hacer el trabajo más ligero a L. D. Varias veces durante ese día, subió los escalones de ese mismo balcón, entró en la misma habitación y se sentó sobre esa misma silla, en su escritorio. . . ¡eso era tan común!; pero ahora,